



QQ.: HH:

Les acompaña un texto, corto, del conocido psicólogo argentino, Dr. Sergio Sinay. Y se los envió porque me asombró que, es la primera vez, en años, que un "profano" describa tan bien, en otro contexto simbólico: "El piso de mosaicos de un taller".

Miguel Bogado
Argentina

La danza del bien y del mal

Por Sergio Sinay

El bien y el mal integran una de las tantas polaridades de la existencia. Como el frío y el calor, la juventud y la vejez, lo alto y lo bajo, la oscuridad y la luz, el amor y el odio, la alegría y el dolor, lo áspero y lo suave, el norte y el sur, en las polaridades no puede pensarse un término sin el otro.

Se dan entidad mutuamente. Convivimos con ellas, son necesarias. Y necesario es lo que no puede no ser. Las necesitamos para entender y nombrar el mundo.

Decía Carl Jung (1875-1961) que el bien y el mal no son juicios absolutos, sino humanos. Que dependen de diversos factores -sociales, religiosos, históricos- y de los valores que cada quien lleva adentro. Si no son absolutos, significa que un conflicto entre ellos incluye todo aquello que nos convierte en individuos únicos. Es decir, tanto nuestra conciencia como lo que hemos confinado al inconsciente.

Generalmente, en los conflictos morales la conciencia (nuestro deseo, nuestra necesidad, nuestra razón) se enfrenta al deber (lo que dice la norma, lo que se nos ha enseñado, lo que se espera, lo que se valora en el contexto en que vivimos). Por este motivo, para el gran psiquiatra y pensador suizo, padre de la psicología profunda, "no hay bien que no pueda provocar un mal, ni mal que no pueda provocar un bien", como escribe en Psicología y Alquimia.

Las fuerzas del mal y del bien, empiezan por existir en nosotros, no somos objeto de ellas, nos constituyen. Acostumbramos construir nuestro ego (aquel que nombramos como lo que "somos") sobre la base de uno solo de los términos de las polaridades existentes. Vamos optando por el polo que nos hará más aceptables. Entonces "somos" buenos, generosos, sensibles, empáticos, dispuestos, solidarios. Sin duda, esas características están en nosotros. Pero para conocerlas

debemos saber algo (y por nosotros mismos) sobre la mezquindad, el egoísmo, la maldad, la insensibilidad.

¿Dónde están? Negadas, en la sombra. Cuando irrumpen, lo hacen de modo inesperado (era imposible esperarlo, dado que negábamos su existencia), desconciertan y hacen sufrir a nuestro ego, además de provocar dolor en otros. Aceptar nuestras polaridades, trabajar en y con ellas nos permitiría conocernos más y estar mejor instrumentados respecto de lo que daña o nos daña.

Así es también en el plano colectivo. Cuando sostenemos que nosotros somos los buenos y los otros los malos, quedamos indefensos ante el mal, como quien no se vacuna porque dice "soy sano y no me voy a enfermar". Mejor preguntémonos cómo podríamos, sabiéndonos capaces de dañar, ayudarnos entre todos a convivir con conciencia e integridad en el ámbito común de nuestra existencia.

Para manifestarse, el bien debe trascender al mal. De allí su valor. Más que bueno por naturaleza se es bueno por elección. Nuestra bondad es producto del libre albedrío. Podríamos elegir ser malos o actuar malamente, pero no lo hacemos (o quizá sí, según la mirada de otro). Y esto le da valor a nuestra acción. O podríamos ser buenos sólo por conveniencia (porque así nos premiarían, nos ganaríamos una medalla, un puesto, etcétera). Pero esa bondad no sería moral, como apuntaba Emanuel Kant (1724-1804), el filósofo idealista alemán para quien una acción es moral cuando se hace lo que se debe y no lo que conviene. O, más aún, cuando se hace lo que se debe aunque no convenga.

El bien y el mal, en fin, tienen más que ver con las acciones que con las ideas. El prejuicio podría impedirnos valorar actos positivos de quienes consideramos "malos". Y podríamos equivocarnos dolorosamente si creemos que alguien actuará bien porque se dice bueno. José Ingenieros (médico, filósofo, sociólogo, nacido en Italia en 1877 y muerto en Buenos Aires en 1925) decía en su siempre valioso *Las fuerzas morales* que "si la bondad no está en la conducta sobra en las opiniones".

